

HISTORIA LOCAL Y CULTURAL MUDÉJAR

Jesús Fuentes

Historiador

El aprendizaje de la Historia ha sido considerado de forma generalizada como instrumento fundamental para entender el presente y construir el futuro. Sin embargo, en base a ese potencial prospectivo de la Historia, ésta ha sido frecuentemente falseada, abundantemente manipulada y excesivamente mixtificada por quienes estaban interesados en conseguir un futuro por ellos controlado. Ha habido también entre estudiosos y eruditos una importante pereza intelectual para ofrecer otras visiones de la Historia, para investigar aspectos desconocidos o para superar interpretaciones y discursos convertidos en dogmas por mor de esa pereza mental o de ese acomodarse de investigadores y estudiosos a las tesis de los grandes gurús de la Historia. Tal actitud ha contribuido a esa suprema manifestación de papanatismo científico que hace que tengan que ser los «hispanistas» extranjeros

quienes descubran nuestra verdadera historia, quienes nos den visiones de personajes nuevos y diferentes que nosotros ignorábamos, despreciábamos y alabábamos sin razón.

La carencia de fondos, la formación de auténticos investigadores, la concepción de la Universidad como expendedora de títulos más que como templo de la crítica y de la ciencia, la actitud acomodaticia ante los tópicos repetidos hasta el infinito, han llevado a la Historia hacia una osificación que dificulta sobremanera cualquier interpretación equilibrada del presente y, por ende, del futuro. Pero esta petrificación intelectual no sólo se ha dado en la Historia, sino que también se ha extendido a otros ámbitos como los de la literatura, la filosofía, la política o el arte. Asistimos así a una explicación absolutamente roma de todo nuestro pasado cultural y a la simple repetición de lugares comunes sobre cual-

quier acontecer de nuestro patrimonio histórico.

Si este diagnóstico de carácter general es cierto, más dramático es nuestro acercamiento a lo que ha sido y debe ser la Historia local cuyo ejemplo, puede ser la historiografía de Toledo.

No existe una auténtica Historia local, o las más son interpretaciones y aproximaciones de eruditos sobre asuntos muy particulares, que nos hable de nuestro pasado remoto o próximo; no existe una historia local que posibilite, mediante la suma de muchas historias locales, la confección de una Historia general basada en las aportaciones de esas historias locales.

Por lo que se refiere a Toledo —ciudad que desempeñó un importante papel en la historia general de España—, carecemos de una historia completa y globalizadora que nos permita una aproximación totalizadora a nuestro pasado. Esta ausencia es más evidente, cuando tratemos de acercarnos a lo que fue la historia de los musulmanes de esta parte de al-Andalus. Casi nada sabemos de este pueblo que vivió en este territorio toledano tres siglos y que tuvo una importante actividad literaria, filosófica, política o económica. Incluso, en nuestro caso, poco sabemos hasta de la arquitectura de este pueblo, pues de

ella quedan escasos vestigios conocidos. Esta carencia de informaciones de la vida de Toledo en estos siglos dificulta sobre manera el conocimiento de lo que este artículo pretende apuntar como hipótesis: la pervivencia de una cultura oriental en nuestro territorio después de la conquista de Toledo y la aparición de lo que podríamos denominar «cultura mudéjar» que estaría informando e inspirando la producción cultural de los cuatro siglos posteriores. Hasta tanto tengamos más datos y más estudios basados no en interpretaciones dogmáticas o momificadas, mi hipótesis vendría a mantener la idea de que en Toledo pervivieron durante muchos siglos unas formas artísticas y literarias que fueron evolucionando de manera autónoma y que están presentes en muchas de las obras de los siglos XII, XIII, XIV, XV y XVI. Una cierta inteligencia de la vida y del hombre, pasado por el tamiz oriental, se afincaría en muchos de los autores cristianos; una peculiar sensibilidad de carácter árabe coexistió con la rudeza de los nuevos conquistadores, llegando su influencia hasta buena parte del Renacimiento.

De acuerdo con esta hipótesis debemos considerar la idea de que en Toledo, después de su conquista por Alfonso VI, permaneció viviendo no sólo un importante núcleo de judíos, sino también un numeroso conjunto de hispanoárabes nada incultos que

con su especial sensibilidad estuvieron condicionando la actividad cultural de los nuevos vecinos. Según esto debería ser sometida a cuestión la extendida creencia de que detrás de cada obra artística que roza el límite de lo prohibido se encuentra un judío converso y no un converso hispanoárabe. Habría que comprobar la fiabilidad de la tesis que sostiene que los musulmanes que permanecieron en España eran buenos alarifes, buenos cinceladores, buenos forjadores o excelentes agricultores, pero que toda la actividad intelectual o mercantil fue monopolizada por familias de origen judío. En base a esta división, probablemente artificial, de la actividad de los pueblos que permanecieron en Toledo, se creó la idea de una arquitectura mudéjar que se desarrolló en Toledo y en otros lugares durante los siglos siguientes y sin embargo todos son obstáculos en el momento de establecer la existencia de una actividad mudéjar incidiendo en la literatura, la economía, la filosofía o la política. Desde mi punto de vista son estas unas tendencias que deben ser revisadas y para eso estamos necesitando de esas historias locales de estos periodos que nos posibiliten descartar hipótesis o rechazar tesis.

La caída de Toledo en el año 1085 marca el inicio de la descomposición del dominio musulmán en al-Andalus, aunque esta referencia debe ser atri-

buida más a nivel bélico o político que a aspectos sociales, económicos o culturales. Y eso a pesar de que en Toledo se establecen los cluniacenses con el ánimo de extender desde la «urbis regia» sus teorías y sus creencias. Toledo desempeña un papel clave en la estrategia expansiva de los obispos de Cluny, quienes se consideran los únicos atentadores de la sabiduría de su época. La instalación del arzobispo Bernardo y la destrucción de la Mezquita Mayor, en ausencia de Alfonso VI, ofrecen pistas de cuales eran sus pretensiones.

Sin embargo esta estrategia fracasó, desconocemos si por una importante crisis interna de los cluniacenses o por pérdida de influencia política en España, aunque fue continuada en los siglos posteriores sobre todo por la Iglesia. Convertido por las cruzadas el seguidor de Alá, en enemigo a batir, transformando otras veces el moro en el enemigo interior necesario para enmascarar las luchas internas de los cristianos, se les fue privando de manera sistemática de sus palacios y sus propiedades y así podemos contemplar en Toledo cómo donde hay un convento antes habían existido casas y palacios de hispanomusulmanes. No obstante hay que admitir que este fue, más que un proceso de saqueo o pillaje brusco, una sustitución lenta y progresiva durante siglos.

En este contexto de pervivencia de un importante substrato cultural; hispanoárabe y de su sustitución progresiva, debe situarse el hecho de que algunas de las obras más importantes de nuestra literatura se escriban en Toledo y que estas obras contengan importantes rasgos orientales, conflictos intercalares o comprensión de la vida bastante alejada del ascetismo cristiano. Y así D. Juan Manuel, Juan Ruiz, Rojas, Jorge Manrique, la mística de San Juan de la Cruz, gran parte de la lírica de estos siglos, el género picaresco y hasta la épica, tienen una importante influencia hispanomusulmana.

La existencia de estos elementos orientales vendría a cuestionar la tesis de la preeminencia romano-visigótica en las manifestaciones culturales de estos siglos, defendida por Menéndez Pidal, Ortega y Gasset o Claudio Sánchez Albornoz, entre otros. Sobre todo cuando cada vez parece más probado que la aparición en nuestro entorno de los diferentes elementos romano-visigóticos, es más bien una corriente teórica que, arrancando del siglo XVI, logra imponerse como explicación dominante de todas nuestras manifestaciones culturales, en el siglo XVIII.

Una lectura diferente de todo nuestro patrimonio cultural de estos siglos necesita de la realización de una historia omnicomprendiva que alum-

bre y clasifique los hechos ocurridos durante los siglos de dominio árabe y los ocurridos en los tiempos posteriores a la conquista de Toledo por Alfonso VI. Este debe ser el trabajo prioritario de cuantos colectivos públicos o privados pretendan realizar un trabajo que vaya más allá de la simple divulgación de tópicos o de informaciones para el consumo de un público poco exigente. Serán necesarios muchos esfuerzos de todo tipo para enfrentarse a un proyecto de tal magnitud, pero merece la pena pensar que desde Toledo, y a través de su propia historia local, pueden ser derribados mitos y mixtificaciones que han impedido ver nuestra rica historia de una forma menos estática y más plural. Descubrir desde Toledo la existencia de una cultura mudéjar, dotada de sus propias reglas, de personalidad diferenciada, de características peculiares serviría para volver a situar a la ciudad en un punto de influencia que hace muchos siglos perdió y que no se consigue por mucho que se hagan conjuros para recuperar no sé qué Escuela de Traductores. Pasar de los discursos trillados a la realidad en el caso que nos ocupa, supone establecer en Toledo un auténtico Centro de Estudios Hispanomusulmanes, dedicado a reconstruir el pasado para así poder entender el presente e iniciar el camino hacia un futuro próximo.